

---

---

## COMPARACION SOBRE LA HISTORIA Y LA NOVELA.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES: COMPAÑERAS:

Demostrar humildad y solicitar benevolencia son las frases obligadas de toda persona al ocupar una tribuna. Debo yo manifestar á mi ilustrado auditorio, que esta humildad en mí es tan sincera como lo es la convicción que tengo de los escasos conocimientos que poseo para satisfacer el difícil tema de que voy á ocuparme, y que la benevolencia que solicito me es necesaria para vencer el temor que naturalmente me inspira no cumplir satisfactoriamente mi cometido.

En el corazón del hombre, centro de mudos y dormidos sentimientos, origen de corrientes murmuradoras, de sensaciones alegres, tiernas ó tristes y melancólicas, así como de impetuosas, enérgicas y terribles pasiones, existe, entre otros muchos, un sentimiento de simpatía íntima y poderosa que podríamos considerar como el estrecho é indisoluble lazo que forma y unifica la gran familia humana. Aun en los seres más humildes de las clases sociales se vislumbra el interés que en ellos despiertan las vicisitudes, las inesperadas alegrías, desgracias ó prosperidades que afectan á sus semejantes: ¿podría acaso traducirse este interés por una simple curiosidad sin objeto? No, todos hemos experimentado esa vi-

va simpatía que excita en nuestro ánimo las más interesantes impresiones cuando las circunstancias nos hacen saber las desgracias que una persona, una familia ó una nación entera sufren. Sentimos con ellas, vivimos y experimentamos como si directamente nos interesasen sus desgracias, sus satisfacciones ó prosperidades.

Esto que se observa en el individuo se ha verificado siempre en todos los tiempos y épocas de la vida de la humanidad, elevándose de la familia á la sociedad y á los diversos países del mundo. Este es sin duda el origen de las más importantes producciones de la inteligencia, así como de lo que más interés despierta en las investigaciones que se refieren directamente al hombre y á las sociedades que forma. Pues así como la parlera golondrina vuela de país en país buscando donde fijar su nido, la inteligencia recorre las varias épocas de la creación y va también de país en país, no ya para fijar su residencia, eligiendo su morada, sino para investigar cuál fué su origen, cuál ha sido la marcha de la sociedad, de la misma humanidad, qué es y cuál será su fin. En efecto, cuestión importantísima es conocer nuestro pasado, el cual se cubre con los densos velos del olvido que sólo se descorren al paso del recuerdo. La historia, fuente de sabias enseñanzas del pasado y de ejemplos para el presente y el porvenir, es indudablemente la que más puede satisfacer este deseo ó esta necesidad del alma, dirigiendo nuestros pasos en el presente para realizar ese risueño porvenir á que los hombres, así como las naciones, aspiran. Porque el porvenir es el que más nos halagaría conocer, el que más misterios presenta, lo que sin duda atrae con más fuerza nuestra atención y despierta las más risueñas esperanzas. Y la experiencia adquirida por los hechos consumados puede, algunas veces, dirigir nuestros pasos para realizar las aspiraciones, porque los hechos son consecuencia unos de otros, que obedecen á la ley de la causalidad, á la imperiosa necesidad de sucederse según el impulso que se les haya dado.

Cuando se conoce el pasado y se sabe todo lo referente á él,

es cuando se forman las ideas que poco á poco se van perfeccionando, acerca de cómo se debe vivir; y por medio de la observación de la vida práctica de nuestros antepasados, se forma el plan de vida para el presente y el porvenir.

El hombre que toma una Historia y lee una de sus páginas no permanece indiferente, sino que brotan en su cerebro los sentimientos propios de los hechos y sus actores.

Entre estos sentimientos crecen y se desarrollan el amor al bien y el horror al mal; pero indudablemente que quien lee una Historia sin tomarle interés ó quien la lee sólo por pasar un rato, á falta de una novela, no aprovechará nada y no logrará cultivar esos sentimientos, ni hacerlos germinar y reproducirse en su corazón; pero quien lee una Historia para instruirse empieza por cultivar esas bellas cualidades que llevan consigo una alma bien acondicionada y un acertado juicio.

En nuestra infancia, nuestra madre es la que despierta con sus tiernas descripciones y relatos los sentimientos de simpatía por nuestros semejantes, sentimientos que no adquieren la plenitud de su grandeza sino cuando la razón empieza á ser la sabia consejera de nuestra vida.

El noble sentimiento del patriotismo, el más grande afecto hacia nuestros semejantes, el más sublime amor que el hombre puede abrigar (aparte del de la familia) es sin duda el amor patrio: ¿quién no se siente dominado por él? Cuando leemos la historia de un país que no es el nuestro y encontramos hechos maravillosos, personajes que han contribuído en mucho á la prosperidad y al engrandecimiento de ese país, nos sentimos transportados de nuestra verdadera nacionalidad á la de los hijos del pueblo en que ocurren los hechos que leemos, y pensamos que seríamos felices al ser compatriotas de tales hombres. Eso nos pasa al leer la Historia de un país que no es el nuestro; ¿pues qué será al leer nuestra propia historia?

Como acabo de decir, la historia tiene su origen en el reciproco interés de los hombres y de las sociedades, el cual ha existido desde los tiempos más remotos, porque responde á

naturales inclinaciones del espíritu; por tal razón apareció junta con la poesía y la arquitectura, pues una de las primeras manifestaciones de estas bellas artes fué la expresión de los sentimientos y de los hechos, así como el deseo de inmortalizarlos.

La torre de Babel no tuvo otro origen que el deseo de perpetuar y aun eternizar el nombre ó la memoria de los descendientes de Noé, al separarse en las llanuras del Senaar.

Así pues, considerando el desarrollo que con la marcha de la civilización siguieron los conocimientos del hombre, encontramos más tarde la indivisible narración de lo ficticio con lo verdadero, confundida en un solo sér; la historia propiamente dicha y la novela. Fijaré mi atención en una y en otra clase de composiciones.

La historia, en su más amplio sentido, es el conocimiento y la exposición de los hechos, de todo lo que vive y se manifiesta en el tiempo.

En tal concepto puede comprenderse en la historia, el origen, desarrollo y adelanto de las ciencias, de las artes, y de la naturaleza; pero por su excelencia y excepcional importancia se aplica singularmente el nombre de historia á los hechos humanos, y en este sentido la voy á considerar, comprendiendo como historia la narración ó exposición de los hechos ejecutados por los hombres y cuyo conocimiento proporciona á las presentes y futuras generaciones la instrucción y provecho que la experiencia suministra.

La vida de las naciones, á semejanza de la vida de los individuos, tiene sus grandes atractivos, y el conocimiento de su origen y desarrollo nos presenta, á la vez que una ilustración práctica y experimental, un variado género de impresiones al contemplar la grandeza y pequeñez del hombre, sus heroicas virtudes, sus múltiples aspiraciones, sus admirables descubrimientos, sus creencias, sus difíciles situaciones, así como sus grandes aberraciones, sus terribles luchas, pasiones y deformidades que han llenado de luto y horror á las sociedades que han tenido la desgracia de sufrir el poder de los tiranos.

La historia en fin, es el tribunal inapelable, es la misma justicia de Dios que en el transcurso del tiempo coloca en su debido lugar á los hombres que por algún concepto atraen las miradas y el interés de la sociedad en que aparecen. El estudio de este interesante ramo del saber, lo encontramos en uno de los géneros literarios cuya importancia es inútil recomendar, porque es evidentemente notable.

En el género histórico han incluido los retóricos, sin duda por ser de carácter narrativo, las dos clases de composiciones que tratan del relato de hechos ejecutados por el hombre: la historia propiamente dicha y la historia ficticia. Pero estas dos clases de composiciones, aunque puedan por esta sola circunstancia parecer semejantes, tienen muchos puntos de diferencia que las separan por completo.

En la historia propiamente dicha la verdad de los hechos debe ser absoluta, comprobada por la fe y honrada veracidad del testimonio de todo un pueblo ó una nación; en la historia ficticia basta la verosimilitud y los acontecimientos no tienen otro origen que la fantasía del escritor; la historia se refiere más que al individuo, á la sociedad, y la novela presenta con especialidad las intimidades de la vida privada de los hombres, sus más recónditos sentimientos é intereses personales.

La historia, íntimamente ligada con la Geografía, estuvo en su origen y desarrollo unida también á la novela, pues cuando el espíritu humano buscaba en medio del insondable océano de la vida, algo que le satisficiera, se encontraba ante la imposibilidad de inquirir, y entonces inventaba cosas que eran verosímiles y que dieron origen á las consejas, cuentos y leyendas, que se confundían con la historia verdadera.

Algunos siglos transcurrieron, en los que el hombre fué poco á poco corrigiendo los errores que habían lanzado á la luz pública sus antecesores, y así, en el transcurso del tiempo y el adelanto de la civilización, fueron separándose la historia y la novela, que en la actualidad, después de haber pasado por muchas transformaciones, han llegado á ser tan diferentes que la novela puede considerarse como obra poética, no diferen-

ciándose de esta clase de composiciones más que porque éstas generalmente se escriben en verso.

En los primeros tiempos, los hechos pasados se conocían por tradición perpetuándose la memoria de los acontecimientos notables por monumentos y referencias de los padres á los hijos ó de una á otra tribu; más tarde se grabaron con caracteres especiales que se llamaron hieroglíficos, y la invención de la escritura dió mayor impulso á la difusión de estos conocimientos presentándolos con mayor precisión é interés y, por último, en el siglo XV apareció Gutemberg, célebre inventor de la Imprenta, y desde entonces la historia tiene mayor importancia, porque el medio de transmisión del pensamiento es más sencillo y rápido.

Como acabo de decir, la historia y la novela nacieron juntas, y en su desarrollo han ido separándose poco á poco hasta quedar en el estado actual.

La historia puede dividirse de las siguientes maneras: por su extensión, en general ó universal y particular; por su forma, en anales, décadas, memorias, efemérides, genealogías, retratos, etc.; por su materia en sagrada, profana y literaria; por la época que abarca, en antigua, de la edad media, moderna y contemporánea. La opinión más general es que la antigua comprende desde la creación hasta la caída del Imperio Romano de Occidente (año de 476 después de J. C.); la de la Edad Media desde dicha caída hasta fines del siglo XV; la Moderna, desde el siglo XVI hasta nuestros días, comprendiendo esta última á la Contemporánea, pues ésta abarca desde 1792 (época de la revolución francesa) hasta la época actual.

Dos son los métodos más usados para escribir una historia. En el primero nada más se narran los hechos tal y como pasaron, dejando al lector comentarlos, y al profesor hacer las reflexiones convenientes. Este método es el que más generalmente se usa para los tratados que se dedican á la instrucción de los principiantes, se llama narrativo ó expositivo.

El segundo método es el razonado, crítico ó filosófico en el

cual el historiador no se limita solamente á narrar los hechos, sino que hace reflexiones acerca de sus causas, efectos y consecuencias; este es tal vez mejor que el primero; pero no para inteligencias que apenas se inician en este precioso estudio, porque es preferible que discurren cuáles serían las causas de tal ó cual acción para que practicando de este modo, puedan distinguir lo bueno y conveniente de lo malo y despreciable.

Las cinco principales cosas que hay que distinguir en la composición histórica son: el plan, la manera de contar los hechos, las reflexiones que el autor hace acerca de lo que narra, las arengas ó discursos, los retratos ó descripciones.

El plan debe tener unidad: para conseguirlo necesita el historiador un gran talento, porque siendo los hechos que va á narrar muchos y muy distintos le costará gran trabajo unir unos con otros de manera que no haya esos bruscos cambios tan impropios para las inteligencias que como los botones de rosa que no han abierto sus hojas á la luz solar, así también no se han abierto del todo á la preciosa luz de la ciencia.

Del modo de contar los hechos hablé ya con detenimiento.

Las reflexiones que el autor hace deben tener solidez, interés, brevedad y, por decirlo así, han de tener su origen en la naturaleza misma de los hechos. La paciencia de los lectores no deba ser fatigada con muchas reflexiones que, lejos de ser instructivas, serían molestas y cansadas.

Las arengas fueron muy usadas por los historiadores antiguos; en ellas se refieren completos ó extractados, los discursos de algunos personajes notables. Entre los historiadores modernos, unos las usan y consideran como buenas y otros las reprueban, porque dicen que quitan á la historia su hermosura; yo creo que esta no es una razón para suprimirlas, porque la historia no es una obra de ornato sino de enseñanza, y aunque, sin duda alguna, no todos los discursos son instructivos, ellos demuestran claramente el carácter de su autor; además expresan con facilidad noticias que el historiador daría quizá con dificultad.

Las obras históricas pueden considerarse como elementales ó magistrales, según su extensión y según se trate en ellas solamente de narrar los hechos ó de hacer un completo estudio del desarrollo de los acontecimientos y vida de los pueblos.

En las obras históricas hay que considerar varias cualidades que pueden reducirse á cuatro, que son: claridad, dignidad, brevedad y ornato.

La primera consiste en procurar la accesible conexión de los hechos, porque sería larga y cansada la obra que nos llevara de un hecho á otro, sin ningún orden y sin régimen fijo.

La brevedad consiste en que no se mezclen en la narración hechos que por la poca importancia que tienen puedan ser suplidos por el raciocinio de los lectores.

El ornato es admisible en la historia hasta en el grado más elevado; pero los adornos deben ser de tal manera que no revelen adulación ni vanidad. Las elegancias se han de distribuir económica y oportunamente sin esfuerzo, esto es, deben usarse con naturalidad.

Por último, la dignidad consiste en que la obra tenga un tono serio y no mezclado con el chiste ni la sátira. Cuando los hechos por su naturaleza admitan estas libertades, debe el escritor presentarlos en el apéndice ó en una nota.

Terminadas, aunque brevemente, las cualidades de la composición histórica, voy á ocuparme de las composiciones cortas. Las efemérides son anotaciones diarias en que se consideran hasta los hechos de muy poca importancia. Las décadas son composiciones cortas que comprenden períodos de diez en diez años, porque si fueran de año en año se llamarían anales. Memorias son las narraciones de los hechos en los cuales el autor ha presenciado los acontecimientos ó ha tomado parte en ellos.

En los anales, memorias y décadas, se necesita seguir rigurosamente el orden cronológico; tanto en las biografías como en las memorias, y en general, en todas las composiciones cortas, que más bien pueden considerarse como elementos de

la historia que como historias, cabe mejor la unidad de plan que en las historias generales y particulares, porque éstas se refieren á un período de tiempo mayor que aquéllas y comprenden más hechos y personas.

De las cuatro cualidades que mencioné antes, sólo dos son indispensables en las obras elementales, que son la claridad y la brevedad. Las obras magistrales necesitan las cuatro, pues deben tener brevedad y claridad en el fondo y dignidad y ornato en el estilo.

¡Cuán bello, cuán interesante nos parece el conocimiento de la historia fácilmente adquirido por la habilidad de un inteligente escritor!

Las doradas páginas de la historia se abren cada año, cada siglo, para inscribir nuevos nombres, nuevos genios, nuevas maravillas, así como también nuevos desastres en las naciones y nuevos progresos de la humanidad.

Aunque antes dije que la novela ha sido considerada como obra poética y separada por lo tanto del género histórico, voy á considerarla como parte de él, pues por su carácter narrativo se semeja mucho á la historia y hasta se llama historia ficticia.

Novela es la narración de sucesos ficticios, pero verosímiles, hecha con el doble fin de expresar la belleza de la vida real y proporcionar al hombre ejemplos para enseñarle el camino que debe seguir y el que debe despremiar ó evitar.

La novela tiene parecido con el drama, porque éste tiene como ella un argumento verosímil, más ó menos fantástico y agradable; la diferencia consiste en que el drama es representado por actores, y en la novela los personajes son descritos por el novelista; la diferencia como se ve no es muy grande, y se comprende por qué hay algunos dramas cuyo argumento es tomado de alguna novela.

Las formas que generalmente se dan á las novelas son: la dialogada, la narrativa y la combinación de estas dos.

La primera, como su nombre lo indica, consiste en que el autor hace por medio de diálogos entre los personajes, el re-

lato de los hechos. Entre las ventajas de esta forma, diré: que los hechos pueden narrarse con cierta naturalidad semejante á la de la vida práctica, y entre sus desventajas, se presta á repeticiones inútiles y cansadas.

La segunda forma, ó sea la narrativa, es en donde toca al autor narrar los hechos por sí mismo; ésta se considera superior á la dialogada.

La más usada es la que resulta de la combinación de las dos, es decir, que el autor narra algunas escenas y las otras las pone en boca de los personajes en conversaciones cuando le parece conveniente.

Los hechos narrados en la novela deben contribuir al desenlace, cualquiera que sea la naturaleza de éste.

Las galas que la novela requiere han de ser bien escogidas, puesto que el principal objeto de ella es deleitar por medio de la belleza que concibe el poeta y debe describir con toda la habilidad del artista y del gran conocedor de la humanidad.

Los caracteres de los personajes han de ser diversos y pintados tan claramente que el lector pueda figurárselos como si en realidad existieran.

Las situaciones en que coloca á los personajes, sobre todo al protagonista, han de ser nuevas y verosímiles. Como se sabe que las situaciones apuradas ó cómicas de los demás nos provocan risa, puede la novela tener estas situaciones para mayor placer de los lectores y atractivo en el contraste.

Las escenas de la novela deben ser de todas clases, alegres y tristes, chistosas y serias, porque debe reproducirse lo que en la vida real sucede á menudo.

La novela debe tener moralidad, porque lo contrario perjudicaría la belleza y la instrucción.

Las novelas deben ser interesantes para no cansar al lector. Por el argumento se dividen las novelas en pastoriles, de costumbres, caballerescas, históricas, científicas, etc.

Las pastoriles toman su argumento y personajes de entre los campesinos y sus costumbres; esta clase de novelas da al novelista tema para bellísimas descripciones de la naturaleza.

En las de costumbres, el argumento está tomado de la sociedad, y generalmente son críticas á modas y costumbres.

Las caballerescas, novelas del tiempo feudal, fueron más bien fantásticas que verosímiles. Esta clase de novelas se había extendido de tal modo, que apenas si se escribían una que otra que no fueran de este estilo. Cuando mayor extensión tenía el entusiasmo por ellas, apareció una censura muy bien escrita, llamada «El Quijote,» que vino á destruir el entusiasmo por las novelas caballerescas.

«El Quijote,» preciosa obra que ha dado á su autor tan merecida gloria, ha sido criticado por un sinnúmero de escritores; las críticas que de él se han hecho han acabado de demostrar que son justos y merecidos los elogios que en todo el mundo civilizado se han tributado al inmortal Cervantes.

Por último, las novelas son históricas, cuando su argumento y personajes están tomados de la historia; generalmente las principales escenas de esta clase de novelas son rigurosamente históricas y las secundarias son inventadas por los novelistas. Según creo, no debe cultivarse esta clase de novelas, porque siendo la novela escrita para personas instruidas é ignorantes, cuando el novelista nos presenta los hechos históricos mezclados con los inventados por él, los últimos pueden tomarse por los primeros, por los lectores que no conozcan el pasaje histórico de que se trata con todos sus pormenores.

En comprobación de esta teoría voy á citar lo que leí en una novela histórica, traducida del francés, titulada «Costal el Indio,» que tiene como pasaje histórico nuestra guerra de Independencia.

Dice en ella el autor, que cuando Galeana tomó la isla de la Roqueta, lanzó al aire tres cohetes, que tuvieron respectivamente los colores verde, blanco y rojo, y que de ahí tuvo origen nuestra insignia nacional. Quizá el autor de dicha novela no falta á la verdad al hablar de los tres cohetes; pero su fantasía fué muy lejos al atribuir á este hecho el origen de nuestra bandera; pues cuando Iturbide formó su plan de Igua-

la, adoptó como colores de la insignia nacional el verde, el blanco y el rojo, simbolizando: Religión, Unión é Independencia.

Esto prueba que no es fácil distinguir los hechos verdaderos de los ficticios, en esta clase de novelas.

¡Con cuánto placer tomamos una historia para aprender lo referente á nuestros antepasados, y con cuánto gusto nos deleitamos en los ratos de ocio al tener una novela en nuestras manos! Pero si esto nos aprovecha ó nos distrae, mayor es nuestra satisfacción cuando hemos cumplido nuestro deber.

Si alguna vez encontramos un anciano ó un ciego y le tendemos la mano para auxiliarlo en su camino ó evitarle algún peligro, este deber cumplido nos complace; si obedecemos con gusto los consejos de una madre tierna ó de un padre bondadoso, sentimos la misma satisfacción; pues bien, ¿no es igual la sensación que se experimenta al cumplir, en cuanto nuestras fuerzas nos lo permiten, con el trabajo que algún profesor nos encomienda?

Al cumplir yo con la misión que se sirviera confiarme nuestra estimada Profesora, lo he hecho con el temor que experimenta todo aquel que conoce sus débiles fuerzas para emprender una labor superior á sus conocimientos; mas he cumplido con un deber y esto me llena de íntima satisfacción.

Dispensadme todas las faltas en que hubiere incurrido y ved con benevolencia este primer trabajo que me atrevo á presentar ante vuestra reconocida ilustración; y creed también que los más fervientes deseos que me animan en estos momentos son que vosotras, mis queridas compañeras, hermanas de mi juventud, sepáis disfrutar de las poéticas é interesantes páginas de una novela bien escrita y que en lo relativo á la historia sepáis aprovecharos de sus sabias enseñanzas que recordaréis fijando vuestra atención en lo que ella demuestra, el interesante aunque humilde papel que la mujer desempeña en su hogar y en la sociedad, para que en el siglo que principia, la mujer mexicana sepa impulsar á la felicidad y grandeza que todos deseamos para nuestra querida Patria.

El siglo XIX ha muerto, dejándonos imperecederos recuerdos, y el siglo XX, alumbrado por la aurora de su naciente vida, ha abierto sus puertas y empieza su carrera para dejar más tarde recuerdos de lo que hoy son esperanzas.

Ojalá que en la historia de la humanidad y en el libro que la registra aparezcan, formando una de sus páginas más gloriosas, los adelantos de nuestra joven y hermosa nación mexicana; que el amor é inteligencia de sus hijos imprima en su existencia el sello del poder y grandeza que coloca á las naciones en el trono de la inmortalidad!

México, 13 de Julio de 1901.

JOSEFA OROPESA.